

PABLO ARTURO SUAREZ: UNA VISION CRITICA DE SU OBRA

Dr. Fernando Jurado Noboa

Hace un siglo, el 31 de enero de 1888 nació un ecuatoriano ilustre, este hecho tuvo lugar en un sector de la Hda. de San Vicente a la salida de Baños; que los Varela la habían heredado a su abuelo, don José Borja, quien a su vez la compró a los agustinos: El Dr. Suárez nació meses después de muerto su padre, don Pablo Suárez Salvador, un ambatero de familia dedicada a labores de imprenta. Su madre, Mercedes Varela Borja, fue patateña, de origen colombiano.

Hijo único, mimado de madre, abuelos y tíos, en una familia con solvencia económica, pues poseían dos haciendas y casa en Ambato tocó en suerte una madre con enorme sentido práctico, que logró cortar el mimo por la estrictez, tal que cuando el niño tuvo 5 años lo envió interno a la escuela de Píñileo; el chiquitín era enviado los lunes a las 3 de la madrugada con un empleado y regresaba a Ambato los viernes a la tarde.

Eran épocas en que forzosamente se maduraba antes, la curva de vitalidad era tan corta, que había como explotar y ampliar los segundos.

En uno de esos viajes, el indígena que lo acompañaba cayó desplomado, el niño se sintió abandonado, pero a la media hora el muerto se levantó, le había dado una crisis epiléptica: empezó así a tomar conciencia de la enfermedad, de las profundas desigualdades sociales ya resentir el sacrificio, la soledad, la orfandad y el estudio.

Mientras el maestro de Píñileo trataba de encauzarlo, el país asistía a los primeros años del desarrollo de la única, al parecer, verdadera revolución, la liberal y al mismo tiempo a los conflictos ideológicos y de poder entre Iglesia y Estado y al enfrentamiento del Ejecutivo con las guerrillas conservadoras.

En este ambiente y con su tío cura, la familia decidió cuando el chico cumplió 12 años, matricularlo en el Seminario Menor de Quito, pero al cabo de un año

se impuso el buen criterio, puesto que en el Yo del adolescente se estaba gestando un liberal de avanzada, de tinte socialista y lo pasaron al San Gabriel, donde se bachilleró en 1906, luego de permanecer 5 años interno en ese plantel. Vivieron luego los 7 años de Medicina, mientras tanto la provisión materna valió a imponerse: vendida la Hda. de San Vicente, guardó la señora su cuota hereditaria, con el objeto de enviar a su hijo a Europa, luego de la graduación.

Cuando Pablo Arjuro Suárez inició su carrera de estudiante de medicina en 1906, se hallaba de Decano el Dr. Manuel M^o Casares, uno de los innovadores de la clínica y de la enseñanza, pues fue el primer profesional ecuatoriano en su época que logró viajar en 1887 a los EE. UU. y en 1889—90 a Europa con el objeto de hacer cursos de actualización. A él le había seguido Alejandro Villamar, que pudo realizar cursos en EE. UU. y en Europa en 1900.

Justamente en marzo de 1906, el Gral. Alfaro concedió por decreto 42 becas a jóvenes ecuatorianos, 23 a los EE. UU. y 19 a Europa; de las becas a Europa, 4 fueron destinadas para que hicieran especialidades médicas, Angel Sáenz, Isidro Ayora, Francisco Cousin y Ricardo Villavicencio.

Estos becarios recibieron 500 francos mensuales que equivalen a 65 dólares por mes.

Parecía extraña coincidencia que en el segundo semestre del mismo año de 1906, Quito veía llegar a los primeros especialistas que venían de fuera del país: Mario de la Torre, había hecho Cirugía en París y Francisco Cousin que

había hecho Bacteriología también en París con los discípulos de Pasteur. Un año después en 1907, renunciaba todo el cuerpo de profesores de la Facultad, en protesta por la muerte de varios estudiantes durante los sucesos del 25 de abril, cuando aquellos pedían libertad electoral al ya duro y radical gobierno de don Eloy.

Este ir y venir de jóvenes médicos con halagadoras promesas personales y científicas, movió sin duda el fuero interno del joven Suárez. En 1909 regresaron, Angel Sáenz desde Francia haciendo Otorrino, Isidro Ayora desde Alemania, donde había cursado Ginecología y Obstetricia. Admiración, emulación y envidia, se sentían por doquier, los 75 médicos de la ciudad, sintieron bambolear su prestigio o su destino, todos eran miembros de las clases alta y media, pues aún la clase popular no podía entrar a la Universidad, y de hecho la adquisición del título, hacía posible el ascenso social e inclusive en algunos casos, la toma del poder político.

En este medio, muy de acuerdo a la época liberal, medio conflictivo y también de lucha y de esfuerzo reales es que Suárez desarrolla su actividad; ya al finalizar sus cursos en 1911 y 12 nuevos viajeros avivan los sentimientos competitivos en la clase médica: Ricardo Villavicencio viene de Bruselas, donde incluso había hecho su carrera completa; Eustorgio Salgado había hecho 4 años de cirugía en Francia, donde fue el discípulo aventajado de Arrou, el mayor urólogo del mundo en su tiempo. El mismo año y a poco del arrastre de los Alfaro, Sáenz, Ayora, Villavicencio y

Salgado, fundan la Clínica Ayora, con especialidades netamente quirúrgicas. Por otro lado, Suárez siempre recordaría como sus mejores profesores de Facultad a Ayora, a Sáenz y al Dr. Max Ontaneda, el viejo.

Cuando Pablo Arturo se gradúa de médico en 1913, comprendió la importancia de los ahorros de su madre, los sueros convertidos se hicieron como 4.000 dólares y con ellos, a los 3 meses de graduado se dirigió a Europa.

El año 13 estuvo en Francia, allí tomó contacto con los postgraduados del Ecuador, algunos pintorescos, como el Dr. Alejandro Malo, a quien llamaban "el Viejo", pues tenía ya 50 años y hacía 4 años de radiología, radiodiagnóstico y tratamientos penitenciarios; Carlos Sánchez Baquero hacía pediatría; en Lyon, Enrique Gallegos Anda estaba de Cónsul del Gbno. de Plaza y hacía cirugía en Bruselas, Luis Dávila, hacía Cirugía.

Indudablemente la especialidad de Malo, influyó grandemente en la vocación precisa del Dr. Suárez.

En 1914 pasó a Suiza y allí le sorprendió la primera Guerra Mundial, tocándole servir como médico rural y como médico voluntario de brigada. Luego pasó a Barcelona en 1915 y por fin Alemania. Al cabo de 4 años había dedicado los tres a la electrocardiología y el restante a la Higiene, la Fisioterapia y la Tisiología.

Se empezaba sin duda, a definir el hombre superior: mientras sus colegas buscaban en muchos casos, solo el brillo del oropel, Suárez invadía por primera vez los ignorados campos de la lucha contra la tuberculosis, la rehabilita-

ción de fracturados hemipléjicos y paralíticos y el campo aún más desconocido de la higiene pública.

Regresó al país a fines de 1917 y en febrero de 1918 organizó su vida, casándose con doña Agripina Chauón Quirota, ambateña, con quien formó un hogar modelo; la señora aún lo sobrevive.

Un año antes, el Dr. Malo había traído el primer equipo de RX, instalando en el San Juan de Dios el primer gabinete de radiodiagnóstico; el Dr. Suárez había traído también parte de un equipo, pero luego de estudiar el medio comprendió en la necesidad de una nueva actualización y de traer equipos modernos. Así pues, en 1918 y acompañado de su esposa, viajó a Francia y a Alemania y en Berlín dirigió ante la Siemens la construcción de su propio equipo.

Cuando regresó por segunda vez al Ecuador, en 1919, tenía 31 años de edad, destinó entonces 6 años a cubrir varios objetivos: la cátedra de Higiene, Histología y de Electroradiología que le había dado el Decano Angél Sáenz en 1919; la instalación del gabinete de Fisioterapia con servicios de corriente farádica, diatermia, corriente galvánica, rayos infrarrojos y ultravioletas; y en el orden personal, vendió sus acciones hereditarias en Tungurahua, con el objeto de comprar una casa en Quito, diagonal al Carmen Bajo y que había pertenecido a los Ponce-Borja; en ella dedicó 7 habitaciones de la planta baja para consulta privada, lo cual efectuaba toda la mañana, luego de dar clases en la vecina Universidad Central. A la tarde atendía a sus enfermos en el Hospital Espejo. En esa misma casa empezaron a edemati-

zarse sus bordes perilinguales por efectos de la poca protección que se daba frente a los RX, no usaba delantal y de guantes, unos viejos y delgados, valiéndose que de eso moriría, en lo que no acertó.

EL PUBLICISTA Y EL HIGIENISTA:

Una tradición científica vieja, pero oscilante, había tenido la Medicina nacional, se había iniciado en 1830 con los comentarios bibliográficos del francés Bernardo Dasté y luego continuado con las sesiones bibliográficas de 1873 a cargo de otro francés benemérito: Esteban Gayraud; luego, hubose que luchar largo y tendido para poder instaurar las historias clínicas a fines del siglo pasado, para más tarde y lentamente ir dando paso al apareamiento de publicaciones personales o grupales. En aquella época fueron pioneros en esta área, la Oficina de Higiene y Sanidad, que en 1911 editó la revista mensual "La Era Moderna", luego el Centro de Estudios de Medicina dirigido por Fernando Casares de la Torre, César Benites, Franklin Tello y Juan José Samaniego (vivos aún y en buena hora los tres primeros) que en 1918 sacó su boletín mensual y que se mantuvo con vida hasta 1930. Por otro lado y de 1920 al 24, apareció mensualmente el boletín Sanitario, a más de 1923 al 25 salió con regularidad el boletín de la Cruz Roja y en los mismos años el oculista Luis Troya Albornoz editó mensualmente su revista "El cuidado de los ojos".

Así pues, el Dr. Suárez encontró antecedentes que le permitieron desde 1925

abondar en los campos de la higiene y de la publicidad científica médica. En 1926 Ayora le nombró Director General de Sanidad y pudo hacer frente a la epidemia de peste bubónica en Riobamba. El mismo año, publicó su primer trabajo: "Contribución al estudio de la enfermedad azul" de los indios de los Chillos y viajó a Washington a la Conferencia de Directores de Sanidad.

Cuando regresaba de los EE. UU., el barco lo dejó en Panamá, donde debía hacer el trasbordo hasta Guayaquil, pero el que debía recogerlo, demoró 15 días, tiempo de hórrido calor en el Istmo, que el Dr. Suárez le dedicó a redactar unas memorias de viaje, costumbre ya iniciada en Europa en 1913; en estos apuntes se quejaba amargamente de la envidia, la malevolencia y el resquemor todos tan arraigados en nuestra sociedad competitiva; el veneno había hecho ya su agosto.

En efecto, la preocupación por las enfermedades y los problemas de los grupos populares, sus cuidados sobre la higiene, el análisis de la tuberculosis, le habían hecho poner el dedo en nuestras penosas lacras sociales, muchísimo más serias hace 63 años que ahora. Las personas llamadas cultas lo tacharon de "comunista" sobre todo desde Guayaquil, sintiendo invadido su enorme poder, se gastó una campaña de difamación contra él.

El grupo médico portafío era más corto que en Quito, en 1911 apenas habían 49 médicos en esa ciudad, pero la mayor parte de profesionales se hallaban vinculados a poderosas familias de la élite económica, en lo cual habían paráme-

tros diferentes a los de Quito. El grupo guayaquileño se había preocupado también por su actualización científica, pero en menor grado que en la Sierra, valga citar que en 1897 había vuelto de París y de Berlín, el Dr. Miguel Alcivar, haciendo estudios en el Instituto Pasteur, convirtiéndose a poco en el líder del grupo dirigente de la Costa. A él se sumaron luego, Francisco Ycaza Bustamante que volvió en 1904 haciendo Otorrinolaringología y pediatría en Francia, Alemania e Italia; en 1909 regresaron Juan Francisco Heinert y Armando Pareja, que habían estado en Alemania. Este último justamente había estudiado Higiene; en 1918 regresó Teodoro Maldonado Carbo, célebre cirujano que llegó a la cifra de 50.000 intervenciones quirúrgicas.

Con la molestia auestas, en 1927 editó el Dr. Suárez dos trabajos más: uno el informe sobre su cometido en Washington y otro sobre la peste negra y la pulga checopis. En 1928 y con la ayuda de Ayora, reconstruyeron el edificio de la Cruz Roja, casa que anteriormente había sido ofrecida en venta privada al Dr. Suárez y que él la cedió para fines más altos y sociales; y tuvo la sorpresa de que el comando liberal de Ambato lo eligió (a dedo, como se acostumbraba entonces) diputado a la Constituyente de dicho año.

Como diputado integró un grupo de izquierda avanzada junto con Manuel María Sánchez, Manuel Ignacio Carrión, (orense), Carlos Cueva Tamariz y el General Luis Larrea Alba, entre otros. Promovió igualmente el apoyo a varias cantonizaciones, entre ellas de Saquisilí,

donde descubrió que los sombreros de lana eran vendidos a 7 sueres la unidad, siendo su costo real de 14 sueres; y ante la paradoja y la sorpresa le explicaron los artesanos, que lo hacían con lana robada... De allí las rebajas.

La valiosa actuación en la diputación le abrió un nuevo campo: la política, en efecto en 1931 fue elegido el decano número 22 de la Facultad de Medicina y al año siguiente, cuando frisaba en los 4 años fue electo Rector de la Universidad Central.

Apenas ingresó al rectorado se enteró que quedaba muy corto tiempo para crear la Escuela de Mayordomías, según el pedido de su legatario y filántropo, el señor Gallo Almeida. Caso contrario, la Universidad perdería el enorme legado. En poco tiempo, el flamante Rector hizo adaptar unas casas de la hacienda la Pradera (que eran parte del legado) para dar allí clases a los alumnos de mayordomía. llevó 3 pizarrones de la antigua Casona, hizo fabricar los muebles correspondientes con su concañado Holguín Iturralde.

También tuvo la idea de crear un laboratorio que proporcionara rentas estables a la Universidad.

Desde la Cruz Roja había propiciado la fundación de la planta pasteurizada en Quito y apoyó también a la Gota de Leche.

Cuando rector, vino una nueva sorpresa: el 33 los alumnos acudillados por Gonzalo Oleas Zambrano le acusaron de derechista y ultramontano y le hicieron una huelga general. El prestigio del Rector era tan grande, que la huelga cesó y el Consejo Universitario

le pidió volviera a la Casona, cosa que aceptó con la condición de la salida del valioso líder socialista Oleas, como en efecto se cumplió. En otra huelga, del año 34, decidió dejar la Universidad, así pues en 5 años de política, se quedó ampliamente desengañado.

En 1933 y en pleno rectorado, publicó su trabajo: "Dietas carenciales en animales de laboratorio", pionero en su época; un año más tarde apareció su trabajo "Contribución al estudio de las clases obreras y campesinas del Ecuador"; para entonces era ya miembro de sociedad científica de Cuba, E.E. UU., Argentina, y México. La Oficina Sanitaria Panamericana le había designado epidemiologista de ella.

Hasta 1930 era el Dr. Suárez uno de los profesores más admirados de la Facultad por su erudición, su seriedad y su honda preocupación por los problemas sociales; decíase que no reía nunca, excepto en su casa. Sin embargo, en 11 años de cátedra, ningún alumno se había atrevido a pedirle que le dirigiera la tesis doctoral, le tenían miedo y respeto y algo cómodamente huían de su exigencia; en este año, se dio la excepción un egresado de 28 años, el esmeraldeño Franklin Tello Mercado, le pidió que fuera su director de tesis. Suárez no aceptó el tema propuesto por el alumno y le indicó otro: "Neumotórax en perros". El joven Tello no tuvo más remedio que aceptar, el trabajo duró 2 años, en que lucharon igual a igual, alumno y maestro; el estudiante tomó de manos de la policía municipal 20 perros callejeros y los alojó en el Colegio Mejía, donde daba clases. Todos los ani-

males fueron sometidos al procedimiento del neumotórax, mediante un aparato ideado por el propio Tello; cada semana había que hacerles controles radiológicos en la consulta privada del Dr. Suárez, a donde aparecía regularmente el alumno con sus 20 perros amigos, bien abozalados. Cada mes se sacrificaba un animal y se hacían estudios anatómicos, histológicos y microfotográficos. El resultado fue un éxito. (Ver (Ver más allá de la simple receta" obra de Dr. Tello Mercado).

En 1935 fue designado el Dr. Suárez, Vocal de la Junta de Asistencia Pública y para obtener recursos creó el laboratorio ICAP, con el objeto de producir medicamentos y de realizar algunos análisis. El laboratorio lo instaló a la entrada norte del Hospital Espejo; trajeron maquinaria y empezó a funcionar con bienestar. Al poco tiempo el laboratorio se vio envuelto en problemas económicos y los médicos italianos de sangre judía, recientemente emigrados al Ecuador (Ottolenghi, Di Capua, Mungia, etc. que habían venido temiendo un ataque antisemita de Mussolini) propusieron a la Asistencia Pública la compra de los laboratorios, con la condición de que la Junta quedara de accionista. Así nació LIFE.

El mismo año, 35 fue designado médico de la SHELL y publicó su trabajo "Contribución al estudio sobre Electroradiología. En 1937 recibió del gobierno de Páez la comisión de organizar el Instituto de Previsión, la Caja del Seguro y los servicios médicos; nadie mejor designado para esto que el Dr. Suárez,

pues tenía 18 años de experiencia en el manejo de la naciente Medicina Social.

Los resultados no se dejaron esperar: creó la ficha de salud individual y el examen del individuo sano, entre otras innovaciones. Anteriormente había ya implantado la vacunación obligatoria contra la tuberculosis.

El mismo año 37, renovó sus aparatos de radiología. En 1938 creó el Centro de Estudios y el Dispensario, ambas con destino a los enfermos tuberculosos.

En 1938, 40 y 44 editó tres boletines dedicados a Estudios sobre tuberculosis, órgano de la reciente Caja del Seguro. En 1939 viajó con toda su familia a Buenos Aires, con el objeto de asistir a la Conferencia Mundial sobre Alimentación. El Dr. Pedro Escudero, una de las mayores notabilidades mundiales de la época en dietética le recibió con los mayores elogios. A su regreso al Ecuador el Dr. Suárez editó su trabajo "A través de Argentina y Chile". (1940)

Es también de estos años, su trabajo de investigación sobre la leche que se consumía en Quito y los resultados a través de inoculaciones.

En 1941 empezó a trabajar sobre la nutrición de los indígenas de Otavalo y a pesar de tener sólo 53 años se sintió cansado; en realidad, había empezado demasiado pronto. Vendió por entonces su vieja casa de Ambato en la calle Quito y Cevallos y compró una quinta en la misma ciudad, a la que tanto amaba y le puso el nombre simbólico de "El Retiro", cual si fuera una premonición.

En 1942 editó su "Tratado de Higiene contemplada bajo el aspecto de su adap-

tación a las circunstancias reales de la vida en la región andina".

El 43 asistió a un congreso sobre administración en Naciones Unidas y publicó su ensayo sobre la nutrición autóctona en Otavalo, unido a sus "Lecciones de Higiene", de las que sólo se llegó a publicar la primera parte, porque enseguida iba a certarse su fuerza vital. Poco después en plena labor científica, le sobrevino una hemorragia cerebral, de la cual se recuperó a medias, pues quedó hemipléjico y con disartría (dificultad de hablar).

Hombre íntegro y superior, previó el fin luminante, que vendría el 11 de noviembre de 1945 y en Ambato, en su bella quinta de Miraflores, recientemente adquirida. Lo primero que hizo, fue renunciar a la Shell el Dr. Hartmann Tschopp aceptó la renuncia, con la condición de que el Dr. Suárez designara a su sucesor siempre y cuando le dijo Tschopp "no fuera ninguna de los que figuraban en una lista que iba a mostrársela". El Dr. Suárez se quedó admirado, mientras tanto el extranjero sacó de su cartera una lista con los nombres de once médicos, varios de ellos de reconocido prestigio y solvencia y le dijo:

"Doctor, esta es la lista de sus colegas que desde el día que Ud. cayó enfermo, han estado gestionando para sí, el cargo de Ud., sin consecuencia, ni lealtad ni respeto para con un compañero y amigo en desgracia. Ninguno de ellos es digno de venir a trabajar en mi Compañía".

Entonces vino a la mente del Dr. Suárez, el nombre de aquel estudiante que hacía 15 años había venido durante dos años a su consultorio cargado de 20 perros con neumotórax y le designó su sucesor: Franklin Tello.

Poco antes de morir, la revista argentina de Dictología, honró su portada con el retrato del Dr. Suárez, considerándolo un valor continental.

A su muerte, Ambato reclamó sus huesos, que desde entonces reposan en el sector de Hombres Ilustres del Cementerio Municipal de esa ciudad.

Mis perdones porque no me haya referido en detalle a múltiples aspectos de la obra de Suárez, otras personas lo harán en forma exhaustiva y detallada en el Simposium de esta noche. El respeto a Uds. y a quienes me sucederán en el

uso de la palabra, reclama mi silencio, no sin antes manifestar mi gratitud al Dr. Alfonso Castro, director de este hospital, por haberse dignado pedirme esta colaboración que me honra; al Ing. Juan Suárez por todo lo que me ha enseñado sobre su ilustre padre; a este Hospital y al personal que labora en él, mi congratulación por llevar de patrono el nombre de un ecuatoriano sabio.

Tenemos la seguridad que Suárez fue un iluminado que creyó en base a sus convicciones sociales, que un día podría hablarse sin demagogia de una Nación llamada Ecuador, con raíces y sobre todo con Destino común. Han pasado 44 años de su muerte y ese sueño continúa siendo una pesadilla para unos cuantos ilusos como ustedes y como yo.